

FUENTES

HOMILÍA XVIII DEL SEUDO-MACARIO⁴⁹

(Sobre la inhabitación del Espíritu Santo)

1. Si hay alguien en el mundo muy rico que posea un tesoro oculto, puede conseguir por medio del tesoro y sus riquezas todo lo que quiera. Con la ayuda del tesoro, que le abre todas las puertas, amontona fácilmente tantos bienes del mundo cuantos desee. Así también los que buscan encuentran y conservan en Dios el tesoro celestial, al Espíritu Santo, al Señor mismo, el cual ilumina sus corazones (2 Co 4,6), practican todas las virtudes que la justicia les impone y observan íntegramente los excelentes preceptos del Señor. Lo hacen gracias al tesoro que está en ellos, Cristo, que les da la posibilidad de adquirir riquezas celestiales aún mayores. Pues por medio de su tesoro celestial practican “toda justicia” (Mt 3,15) y todas las virtudes con facilidad, confiados en la abundancia de sus riquezas espirituales e interiores. Pero el apóstol dice también: “Llevamos este tesoro en vasos de arcilla” (2 Co 4,7). Se refiere al tesoro que se nos ha permitido poseer durante nuestra vida en la carne, es decir, la fuerza santificante del Espíritu. Dice igualmente: “Él se ha hecho por nosotros, de parte de Dios' sabiduría y santificación y redención” (1 Co 1,30).

2. Quien ha encontrado, pues, el tesoro celestial del Espíritu Santo y lo lleva consigo, observa, gracias a él, irrepudablemente, con pureza, con facilidad y libertad, todos los mandamientos justos y practica todas las virtudes.

Por eso también nosotros queremos suplicar a Dios nos dé el tesoro de su Espíritu, para que seamos capaces de caminar sin reproche por el camino de sus mandamientos y de practicar la justicia del Espíritu, pura y perfectamente, gracias al tesoro del cielo, que es Cristo. Ni el pobre, ni el mendigo, ni el hambriento, pueden adquirir nada en el mundo, por causa de su indigencia; pero el que está en posesión de un tesoro, como ya se dijo, encuentra fácilmente y sin molestia, todos los bienes que puede desear. Por eso, el alma despojada de la unión con el Espíritu Santo, y reducida a la dura pobreza del pecado, no tiene fuerza, aunque quisiera, para producir ella misma el fruto del Espíritu, que es la justicia, sin haber recibido previamente al Espíritu.

3. Al mismo tiempo todos necesitan suplicar a Dios, para que los juzgue dignos de recibir y encontrar el tesoro celestial del Espíritu, a fin de que puedan observar sin pena ni dificultad, intachable y puramente todos los preceptos del Señor, que antes, aun empleando la violencia, eran incapaces de observar. Porque ¿cómo podrían, siendo pobres y privados de la unión con el Espíritu, adquirir tales bienes espirituales, sin dar en cambio un rico tesoro espiritual? Sólo el alma que ha encontrado al Señor, el verdadero tesoro, después de búsquedas espirituales acompañadas de la fe y con gran paciencia, produce, como anteriormente se expresó, con facilidad, los frutos del Espíritu, cumple toda justicia y observa los mandamientos del Señor que el Espíritu le ha impuesto. Todo esto lo hace en ella misma, por sí misma, de una manera pura y sin censura, con la perfección que puede.

4. Tomemos, empero, otro ejemplo. Si un hombre rico organiza un banquete suntuoso, para cubrir los gastos saca de su propio tesoro y de sus riquezas, sin temer un empobrecimiento, puesto que su fortuna es bastante grande, y trata a sus invitados con largueza y esplendor, haciéndoles servir platos variados y exquisitos. Cuando un pobre, sin fortuna, invita a alguno a su mesa, debe pedir prestado todo, incluso la vajilla, los cubiertos y otras cosas necesarias. Después de la comida, tal como puede ser hecha en la casa de un pobre, este devuelve a cada uno lo que tomó prestado: la vajilla, los cubiertos y lo demás. Cuando ha hecho esta restitución, se vuelve a encontrar pobre y sin recursos; puesto que no tiene fortuna

⁴⁹ Traducción del Hno. Tomás Moreno. Las Condes, Santiago de Chile.

personal que pueda proporcionarle bienestar.

5. Sucede que los enriquecidos por el Espíritu Santo, poseyendo los tesoros celestiales, en comunión verdadera con el Espíritu, anuncian a otros “la Palabra de verdad” (2 Co 6,7), les comunican una palabra espiritual, quieren hacer bien a las almas. Entonces extraen de las propias riquezas y tesoros que llevan consigo, De allí alimentar, a las almas de los que escuchan su prédica, y no tienen miedo de ser nunca insuficientes pues poseen un tesoro celestial inagotable. Allí está la fuente con la que apagan la sed de los que agasajan espiritualmente. Sin embargo, hay pobres, completamente desprovistos de las riquezas de Cristo, que no tienen en sus almas nada de los tesoros espirituales, que son la fuente de todas las buenas palabras y obras, de los pensamientos divinos y de los misterios inefables. Estos pueden aparentemente alimentar a los demás cuando anuncian la palabra de verdad y quieren instruir a sus auditores; pero como no llevan consigo la palabra de Dios en toda su fuerza y toda su verdad, como no hacen más que recitar de memoria conferencias sacadas de algún escrito u oídas entre los hombres espirituales, al explicarlas y exponerlas, el fruto es más aparente que real para unos, real para otros. No obstante, después de la conferencia, cada palabra vuelve a la fuente de donde fue tomada, y el predicador permanece pobre y desnudo como antes: no posee tesoro espiritual propio, del cual podría beber para enriquecer y fortificar a los demás. Es preciso, pues, que él mismo esté “colmado de gozo y de gran alegría en el Espíritu Santo” (Lc 10,21).

6. He aquí por que debemos pedir ante todo a Dios con mucho fervor y fe, que nos haga encontrar en nuestros corazones las riquezas de Él, el verdadero tesoro de Jesucristo, con la fuerza activa del Espíritu Santo. Una vez que hayamos encontrado nosotros mismos lo que nos es indispensable, a saber: la salvación, la vida eterna, al Señor, buscaremos servir a los demás en la medida de lo posible, haciéndoles partícipes del tesoro de Cristo que llevamos en nosotros, sacando de la fuente las buenas enseñanzas espirituales, explicando los misterios celestiales. Pues plugo a la bondad y voluntad del Padre establecer su morada en todo hombre que cree y que ora. “El que me ama, dice, es amado de mi Padre; y yo también lo amaré, y me manifestaré a él” (Jn 14,21). Y poco después: “Yo y mi Padre vendremos y habitaremos en él” (Jn 14,23). El amor incomprensible de Cristo lo decidió así, la benevolencia sin medida del Padre lo quiso, la bondad inefable del Espíritu hizo esta promesa. Gloria a la misericordia indecible de la Santa Trinidad.

7. Los que han sido juzgados dignos de llegar a ser hijos de Dios y de renacer del Espíritu Santo (Rm 8,16; Jn 3,3), de arriba, los que llevan consigo a Cristo, para que los ilumine y los nutra, son dirigidos de diferentes maneras por el Espíritu Santo y experimentan, en lo secreto del corazón y en paz espiritual, la acción de la gracia. Queremos ahora aducir ejemplos de los goces visibles del mundo e ilustrar de esa manera la vida de la gracia en el alma, en cuanto es posible. Algunas veces las almas (que viven bajo la influencia de la gracia) están alegres, como si estuvieran en un banquete real; experimentan una alegría y una dicha que es imposible describir. Otra vez, se parecen a la esposa que experimenta un placer divino en compañía de su esposo. Ora son como ángeles incorpóreos que se mueven con tanta agilidad, por más que siguen estando en la carne; ora están como ebrios de una bebida mística, ebrios de una alegría que les produce el Espíritu Santo y la participación en los misterios divinos y espirituales.

8. En otras ocasiones gimen y se lamentan, digámoslo así, a causa del género humano, implorando a Dios por toda la descendencia de Adán. Si de ese modo se lamentan y lloran, es que arden de amor del Espíritu (Rm 15,30) Por la humanidad. Después de nuevo el espíritu les infunde un gozo y una caridad tan grandes, que querrían, si fuese posible, acoger en sus corazones a todos los hombres, sin distinción de buenos y malos. Ahora el Espíritu Santo les inspira tanta humildad, que en comparación con los demás hombres se consideran como los últimos y los más insignificantes. Luego el Espíritu les hace vivir de nuevo en una alegría inefable. En otro momento, se parecen a un guerrero poderoso, que viste toda la armadura del rey, parte a la guerra contra los enemigos, combate valientemente y obtiene la victoria. El hombre espiritual toma también las armas celestiales del Espíritu Santo, entra en campaña contra sus enemigos, presenta batalla y “lo pone debajo de sus pies” (Sal 8,8).

9. Acontece que el alma vive en una gran tranquilidad y en una perfecta paz; que descansa totalmente sumergida en alegría espiritual, en una calma inefable, en la dicha. En otra oportunidad, la gracia la

introduce en el conocimiento de misterios que ninguna lengua ni ninguna boca pueden expresar, dándole una clarividencia, una sabiduría, una ciencia del Espíritu inefables e insondables. Más tarde, ella se parece a todos los hombres. La gracia produce así mociones diversas en los hombres espirituales y dirige el alma de mil maneras. La hace descansar “conforme a la voluntad de Dios” (*Ga* 1,4). La adiestra de distintos modos, para volverla perfecta, irreprochable y pura en las manos del Padre celestial.

10. Los efectos del Espíritu Santo, que acaban de ser descritos, manifiestan en los agraciados un grado de perfección que los acerca a la cumbre. Las consolaciones espirituales mencionadas tienen diversos nombres, pero actúan sin discontinuidad en el alma, pues una moción sigue inmediatamente a otra. Porque cuando el alma ha llegado a la perfección espiritual, a la completa purificación de las pasiones, a la unión íntima, al intercambio inefable con el Paráclito, el Espíritu Santo; cuando esta unión le da la gracia de ser espíritu, llega a ser toda luz, toda ojo, toda espíritu, toda alegría, toda suavidad, toda gozo, toda amor, toda misericordia, toda bondad y toda dulzura. Como una piedra que, en las profundidades del océano, está rodeada de agua por todas partes, así estos están enteramente mezclados con el Espíritu Santo y asimilados a Cristo, llevan constantemente en ellos las poderosas virtudes del Espíritu y son interiormente irreprochables, inmaculados, puros.

11. ¿Cómo podrían estas almas, restauradas por el Espíritu Santo, producir frutos de malicia? En verdad, únicamente los frutos del Espíritu brillan en ellas de cualquier manera y de todos lados.

He aquí por qué queremos suplicar a Dios con mucha caridad, esperanza y confianza, que nos conceda el don celestial, la gracia del Espíritu Santo. Pediremos también que este Espíritu nos dirija y nos conduzca conforme a la voluntad de Dios, nos haga partícipes de sus múltiples consolaciones, para que merezcamos, gracias a los progresos que hayamos hecho bajo tal dirección e impulso, llegar a la perfección y a la plenitud de Cristo, según la palabra del Apóstol: “Para que seáis llenos de la plenitud de Cristo” (*Ef* 3,19). Y en otra parte: “Hasta que lleguemos a la edad de hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo” (*Ef* 4,13). El Señor ha prometido a todos los que creen en Él y que rezan verdaderamente, concederles la unión misteriosa e inefable con el Espíritu Santo. Por eso queremos consagrarnos enteramente al Señor y apresurarnos a obtener los bienes de los que hemos tratado. Santificados de alma y de cuerpo, clavados a la cruz de Cristo, hagámonos dignos del reino eterno y alabemos al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo por todos los siglos. Amén.